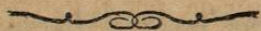


que mis agencias no valian más. En cambio me llevó á la Exposicion de Filadelfia y á varias ciudades principales de los Estados Unidos, alojándonos en los mejores hoteles, en donde nos trataban como á príncipes. Cuando nos despedimos Cacina y yo en la Estacion del ferrocarril de Pensylvania, ambos derramamos una lágrima. Nos habiamos hecho muy buenos amigos.

De regreso á Nueva Orleans me encontré allí á mi amigo Luis Curiel que venia de Matamoros é iba á incorporarse con el general Diaz. Hicimos juntos algunas diligencias de importancia en favor de la revolucion y en seguida nos separamos embarcándonos él para la Habana y yo para la punta de Santa Isabel con mi idea siempre fija de irme á establecer en Brownsville, á donde llegué en los primeros dias de Agosto.

En el siguiente capítulo, último de esta obra, diré cuál fué el desenlace de la revolucion de Tuxtepec, última tambien, al menos son mis deseos, en la República Mexicana.



## CAPITULO XLIII.

### CONCLUSION.

En Brownsville, que es lo mismo que México, principalmente en tiempo de revolucion en que se refugian allí tantos mexicanos, me establecí desde luego como en mi propia casa, en la de uno de mis amigos. Allí estaba Jesus G. Dena con una imprenta publicando su *Progreso*, y desde luego me hice cargo del periódico dándole el impulso que era posible en tal situacion. Las plazas principales estaban en poder del enemigo y nuestros correligionarios andaban un poco mal parados en todas direcciones, á consecuencia de la derrota sufrida por el general Diaz en Icamole y de haber sido abandonada la plaza de Matamoros por el general Gonzalez. En esta última se encontraba de guarnicion el general Revueltas, en Monterey el general Fuero y solo en C. Victoria se encontraba el general Canales, organizando una pequeña fuerza

que todavía se ignoraba si pertenecería ó no á la revolución.

En la escala muy pequeña de mi posibilidad empecé luego con empeño á conseguir armas y todo aquello que podia servirles á mis amigos, aprovechándome en esta vez como nunca de las buenas relaciones que habia adquirido en las otras veces en que habia estado refugiado en aquella ciudad. Me puse en contacto con mis amigos Ignacio Martinez y Canales, con el general Cortina y con todos los principales jefes de aquella frontera á quienes expuse el compromiso en que estaba de no poder pasar al suelo mexicano.

En poco tiempo tuvieron las fuerzas pronunciadas una regular organizacion, á lo que contribuyó mucho la llegada del general D. Plácido Vega que deseaba lavarse de la grave falta que habia cometido haciendo causa comun con Lozada para atacar á Guadalajara.

Tuve cartas muy satisfactorias de Canales en que me decia que ya pronto iba á entrar en accion y que sus primeros pasos serian aproximarse á Matamoros para ayudar á Cortina á tomar la plaza. No era muy fácil esto porque estaba fortificada y contaba con muchas piezas de artillería; pero bien pudiera ser que contando con el pueblo como se contaba, se consiguieran algunas ventajas.

A los dos meses de mi llegada á Matamoros, la situacion, que era de las más desconsoladoras, habia cambiado completamente: fuera por las constantes predicaciones en el *Progreso* que lo hacíamos circular

en los tres Estados fronterizos del Norte, fuera porque los jefes desplegaron mayor actividad para rehacerse, fuera porque estaba vivo aún el espíritu revolucionario, se presentaban ya grandes grupos de fuerza armada y aún el general Cortina estableció su campamento al pié casi de las murallas de Matamoros, sin que el enemigo se atreviera á salir á batirlo, de un modo formal, limitándose éste á hacer pequeñas escaramuzas en que habia uno ó dos muertos por cada parte y cinco ó seis heridos.

En Brownsville establecimos una especie de directorio revolucionario en que tomaban su parte respectiva el general D. Plácido Vega y el coronel D. Miguel de la Peña.

Los periódicos de la capital nos hicieron saber en el mes de Octubre que D. José María Iglesias, Presidente de la Corte de Justicia, se habia puesto frente á frente del poder y que estaba resuelto á empuñar lo que se llamaba entonces la bandera de la legalidad, por haber sido nulas las elecciones que se habian verificado, queriéndose sostener por Lerdo que el resultado fuera la reeleccion del Presidente.

Las más grandes vacilaciones empezaron á reinar en el partido revolucionario, del cual desertaron muchos creyendo que el lado más seguro, el más natural, el más apegado á la Constitucion era el de Iglesias, que era el que más garantizaba que no sufriera alteracion el orden constitucional.

Por aquellos dias muchos de los que servian al gobierno, viendo una coyuntura en que apoyar su des-

lealtad, se hicieron iglesistas; y muchos de los porfiristas, que lo único que pretendían era encontrarse en el lado de los que obtuvieran el triunfo, se hicieron también del mismo partido.

Se formaron por lo mismo en unos cuantos meses tres campos políticos con sus cañones y con sus soldados que contaban poco más ó ménos con elementos de igual fuerza. Cada bandería de aquellas estaba sostenida por diez ó doce mil hombres y fué lo que vino á favorecer muchísimo al partido de la revolución que, si he de decir la verdad, muy pocas ventajas había alcanzado. Tantos golpes había dado como había recibido, de tal manera que si el Sr. Lerdo de Tejada logra conservar á su lado al Sr. Iglesias, otra suerte le hubiera corrido.

Desde el momento en que se vió clara aquella excisión ya se pudo ver palpablemente que si el general Díaz y el partido militante del Sr. Iglesias se daban la mano, en quince días podían dar cuenta con el gobierno del Sr. Lerdo de Tejada.

El manifiesto de Iglesias expedido en el mes de Octubre circuló rápidamente por toda la Nación produciendo sensación grandísima: nosotros pudimos publicarlo en Bronwnsville en el mes de Noviembre.

A esa sazón llegó allí el general D. Sóstenes Rocha, acompañado de un general Quezadas, cubano, y de algunas otras personas. Aunque su objeto era llegar de incógnito á Matamoros para entenderse con el general Revueltas, fué reconocido por los nuestros y tuvo que descubrirse.

Entónces me rogó que le redactara una carta que quería dirigir á Revueltas pidiéndole una entrevista, y de paso explicarle la situación que guardaba el país, por lo que se hacía inútil la actitud resistente que guardaba y el seguir derramando más sangre en los pequeños combates que se verificaban diariamente con los destacamentos que salían de la plaza á buscar pasturas y víveres.

Escribí la carta, la firmó Rocha y fué comisionado para llevarla el general Quezadas. Esperamos su regreso á la orilla del río Bravo á la cual llegó á las doce de la noche.

Venia completamente trastornado: Revueltas no sólo se negaba á tener entrevista alguna con su antiguo jefe, sino que aseguraba que á otro comisionado que fuera con cartitas, lo fusilaría. Quezadas creía haber escapado debido á una casualidad.

No pudiendo entenderse el general Rocha con Revueltas, no obstante la autorización que llevaba por el mismo Iglesias para que se le reconociera como jefe de la zona militar en donde se presentara, trató de hacer la adquisición de las fuerzas de Cortina y me invitó para que fuésemos á su campamento. Fuimos el día designado y allí se encontraba ya el general D. Plácido Vega que también consideraba á aquella fuerza como el principal apoyo de sus aspiraciones futuras. Solo que el general Vega había tenido más tiempo para insinuarse y parecía tener ganado el ánimo de Cortina completamente.

Miéntas que el general Rocha estuvo muy afectuo-

so con Cortina, llevando su amabilidad hasta regalarle un par de magníficas pistolas, el general fronterizo se mantuvo hosco y hasta desconfiado.

Después que almorzamos, Rocha le suplicó que mandara formar sus fuerzas para ver el estado que guardaban y Cortina le presentó solo menos de la mitad, haciendo que las de más se quedaran ocultas dentro del monte.

Mientras que andaban revistando las tropas, D. Plácido Vega me dijo con toda aquella sangre fría que lo caracterizaba en ciertas circunstancias:

—Rocha no se vuelve á Brownsville.

—¡Ah! ¿se queda aquí con algun mando?

—Lo vamos á mandar fusilar.

Me quedé frío y pregunté inmediatamente:

—¿Me habla vd. con toda formalidad, general?

—Sí: tenemos sobrados motivos para dar ese paso. Viene á meter la discordia entre nosotros: si no se ha arreglado todavía con Revueltas, puede lograrlo un día ú otro y trastornar todos nuestros proyectos. El es iglesista de veras, puede descubrir que Cortina y yo nos hemos puesto de acuerdo para ver qué ventajas sacamos.....en fin, no nos conviene por aquí el general Rocha.

—De suerte que es cosa decidida?

—Todavía no; pero tengo encargo de consultar con vd. esta medida.

Recordé inmediatamente el suceso del Lobito que he referido en estas memorias, cuando Rocha me sacó

del cuadro de tropas que iban á fusilarme, y dije con toda entereza:

—Ni yo ni nadie puede aprobar ese crimen.

Insistió él, aduje yo todas las razones que me ocurrieron, y ya convencido aquel de que no debía hacerse tal cosa, llamó á un oficial y le dijo en mi presencia que quedaban sin efecto las anteriores órdenes.

En efecto, Cortina y Vega habían expedido proclamas diciendo que el gobierno de Iglesias era el que debía considerarse como legítimo, pero á mí en el seno de la confianza me dijeron que no podían ser más que porfiristas; porque todos sus compromisos los ligaban con la revolución. Volvió Rocha de revistar las tropas, hice lo posible por apresurar nuestra vuelta á Brownsville sin que él se apercibiera de mi intranquilidad y como en esa misma noche recibí un mensaje de New Orleans, de origen enteramente seguro, en que se daba la noticia de la victoria alcanzada por el general Diaz en Tecoac hecho que, venía á dar un aspecto bien acentuado á la cosa pública, ya no consideré necesario advertir al general Rocha del peligro que estaba corriendo. Lo dije al Lic. Margain y á algunos otros amigos íntimos para que estuvieran sobre aviso por si yo tenía que marcharme.

Casi simultáneamente recibí una carta de Ignacio Martínez en que me daba detalles del combate de las Antonias en que habían sido derrotadas las fuerzas del gobierno á las órdenes de Pedro Martínez y esto ponía fin á la revolución.

El combate de las Antonias, decidido por una bri-

llante carga de caballería que dió Ignacio Martínez, se verificó el día 18 de Noviembre en los mismos días en que era derrotado en Tecuac por los generales Díaz y González el primer cuerpo de ejército que sostenía á la administración del Sr. Lerdo de Tejada.

Tras estas noticias recibimos la de haber salido de la capital dicho Presidente el día 20 de Noviembre, poniéndose la guarnición á las órdenes de los revolucionarios, y ya no me consideré comprometido á seguir cumpliendo la pena de un año de destierro que se me había impuesto por un delito que ignoraba y que sigo ignorando todavía, si por delito debe entenderse la infracción de una ley penal de que nunca me hicieron cargo.

En consecuencia, me despedí de mis lectores fronterizos y de mis amigos el día 15 de Noviembre, poniéndome en marcha para Nueva Orleans, con objeto de tomar allí alguno de los vapores americanos que estaban haciendo viajes para Veracruz.

La situación de la frontera había quedado así: la plaza de Matamoros sostenida por una guarnición que mantenía con muchos trabajos el general Revueltas y asediada por el general Cortina, con tropas de caballería en su mayor parte, con las que no podía emprender ni un sitio formal ni mucho ménos un asalto, rehusándose los sitiados á entrar en arreglos con los sitiadores, para lo cual negaban que fuera cierto que hubiese terminado la administración del Sr. Lerdo de Tejada. El general Fuero se sostenía en Monterey hostilizado débilmente por las fuerzas que

habían logrado organizar de nuevo los generales Treviño y Naranjo. El general Canales, al frente de dos mil hombres victoriosos, estaba en aptitud de dirigirse sobre Monterey, Matamoros ó San Luis, si no quería esperar á que aquellas plazas se le sometieran espontáneamente una vez que comprendieran que ya no tenía objeto la resistencia.

En otros Estados la revolución estaba viva, aunque no triunfante. El noble, el generoso, el valiente general Donato Guerra había sido derrotado y muerto cerca de Chihuahua, acusándose al coronel Machorro, de las fuerzas del gobierno, de haber cometido con él un indigno asesinato; pero el general Ángel Trias estaba allí al frente de una fuerza todavía respetable. El general Galvan había sido derrotado y herido gravemente á treinta leguas de Guadalajara, sin que por eso dejaran de pulular en Jalisco muchas partidas revolucionarias, y en Sinaloa y Sonora los denodados coroneles Francisco Cañedo y Luis Torres habían llegado á formar un núcleo de fuerza que dominaba ambos Estados. De la misma manera García de la Cadena dominaba en Zacatecas, Jiménez en Guerrero y otros muchos jefes en los demás Estados, sin que estuviera uno solo libre de la influencia de la revolución. Todavía quedaban en pié grandes grupos del ejército del gobierno, que reconocían como Presidente de la República al Sr. Iglesias, como el general Flores en Tampico, el general Ceballos en Guadalajara, el general Antillón en Guanajuato, etc., etc.; pero todo concluyó con el último golpe dado por el

general Ignacio Martínez en el punto llamado los Adobes. Este jefe, con una actividad increíble, se movió con cosa de mil hombres de San Luis para el interior, y alcanzando en el punto dicho al ejército iglesista, compuesto de cuatro mil, lo obligó á rendirse á discrecion, despues de haberle dirigido unos cuantos tiros con su escasa artillería, terminando con ese notable hecho de armas, uno de los más audaces que se cococen, lo que podia haberse llamado entónces el edificio iglesista.

Nada notable puedo referir de mi viaje á México en donde ejercia la primera magistratura el Sr. Gral. Juan Mendez de una manera interina, y mientras el caudillo de la revolucion habia ido á pacificar y organizar políticamente los Estados de Occidente.

Durante mi ausencia, el gobierno, por conducto del Ministro de la Guerra General Pedro Ogazon, habia desplegado conmigo un acto generoso, mandando que se abonara á mi familia una paga de mi sueldo de general, la única que llegué á percibir por junto en mi vida de militar durante mis trece años de campañas. Ahora declaro que no tengo en mi poder patente de ninguna clase, y que mi nombre no figura en el escalafon del Ejército Mexicano. Sin necesidad de eso, la patria contará con mis débiles servicios en defensa de sus instituciones, ó de su independenciam, siempre que los necesite.

En muy pocos meses quedó establecido en el país el nuevo gobierno emanado del plan de Tuxtepec, viniendo tanto los que se habian llamado iglesistas

como lerdistas, supuesto que no estaban separados en principios políticos de los porfiristas, á dar apoyo á la administracion en su marcha constitucional.

Al concluir este desaliñado trabajo, hago votos porque la paz se conserve en la República, porque llegue á ser bien comprendida del pueblo la democracia, porque sea siempre respetada y observada la Constitucion que nos sirve de base fundamental; porque la independenciam nacional subsista incólume y porque nuestro privilegiado suelo, pudiendo desarrollar tranquilamente todos sus elementos de riqueza, sea próspero y feliz.

JRENEO PAZ.